



*¿VIVO o  
MUERTO?*

J. C. Ryle (1816-1900)

# ¿Vivo o muerto?

## Contenido

1. Todos están, espiritualmente, muertos..... 3
2. Todos necesitan que Dios les dé vida..... 8
3. Cómo cobra vida un alma muerta..... 16
4. ¿Estás vivo? ..... 22

Publicado originalmente en inglés bajo el título *Alive or Dead?*  
El texto completo de esta edición en inglés es copyright de  
Chapel Library 2007.

© Copyright 2014 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación, 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

Edición revisada por Chapel Library 2022.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

**En Norteamérica**, para obtener copias adicionales de este folleto u otros materiales centrados en Cristo, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY  
2603 West Wright Street  
Pensacola, Florida 32505 USA  
*chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org*

**En todo el mundo**, descargue nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno, desde nuestro sitio web en Internet o comuníquese con el distribuidor internacional que se indica allí para su país.

# ¿Vivo o muerto?

*“Y él os dio vida..., cuando estabais muertos”  
(Efesios 2:1).*

**L**a pregunta merece una reflexión muy seria. Considérala con cuidado y examínala a fondo. Busca tu respuesta dentro de tu propio corazón y no cierres este librito sin un solemne autoexamen. ¿Estás entre los vivos o los muertos?

Escúchame mientras trato de ayudarte a encontrar una respuesta y te muestro lo que Dios ha dicho sobre esto en las Escrituras.

## **1. Todos están, espiritualmente, muertos**

En primer lugar, permítanme decirles que, por naturaleza, todos estamos, espiritualmente, muertos.

“Muerto” es una palabra fuerte, pero no la he acuñado ni inventado yo. Yo no la escogí. El Espíritu Santo guio a Pablo a escribirla, refiriéndose a los efesios: “Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos” (Ef. 2:1). El Señor Jesucristo hizo uso de ella en la parábola del hijo pródigo: “Este mi hijo muerto era, y ha revivido” (Lc. 15:24, 32). La verás también en la Primera Epístola a Timoteo: “Pero la que se entrega a los placeres, viviendo está muerta” (1 Ti. 5:6). ¿Puede algún mortal ser más sabio de lo que está escrito? ¿Es cierto que debo atenerme a decir lo que dice la Biblia, ni una palabra más ni una menos?

“Muerto” es una idea terrible y una que el hombre se resiste a aceptar. No le gusta admitir la magnitud del mal que sufre su alma, cierra los ojos a la gravedad del peligro

que corre. Muchos nos permitirían decir que, naturalmente, la mayoría de las personas “no son lo que debieran ser: son irreflexivos, inestables, displicentes, desenfrenados, no son lo suficientemente serios”. Pero, ¿muertos? ¡Ay, no! No digamos eso. Decirlo es exagerar. La idea es una piedra de tropiezo y una roca que hace caer.

Pero lo que nos gusta o no nos gusta de la religión, es de poca importancia. La única pregunta válida es: ¿Qué está escrito? ¿Qué dice el Señor? Los pensamientos de Dios no son los pensamientos del hombre, ni las palabras de Dios, las palabras del hombre. Dios dice que toda persona viva que no es verdadera, total y auténticamente cristiana –no importa que sea de buena posición o no, sea rica o pobre, vieja o joven– está, espiritualmente, muerta.

En esto, como en todo lo demás, las palabras de Dios son certeras. No podemos decir nada que sea más correcto, nada más fiel, nada más cierto. Déjame razonar en esto contigo:

¿Qué habrías dicho si hubieras visto llorar a José sobre su padre Jacob? “Entonces se echó José sobre el rostro de su padre, y lloró sobre él, y lo besó” (Gn. 50:1). Pero no hubo ninguna reacción a sus demostraciones de afecto. Todo en el semblante envejecido siguió impassible, silencioso y quieto. Sin duda, habrás adivinado la razón: Jacob estaba muerto.

¿Qué pensarías si hubieras visto al amalecita despojando a Saúl de sus ornamentos reales en el Monte Gilboa? “Tomé la corona que tenía en su cabeza, y la argolla que traía en su brazo” (2 S. 1:10). No hubo resistencia. Ni un músculo se movió en esa cara orgullosa. No se levantó ni un dedo para evitarlo. Y ¿por qué? Saúl estaba muerto.

¿Qué habrías pensado si hubieras encontrado al hijo de la viuda cerca de las puertas de Naín, colocado en un féretro, envuelto en ropas fúnebres, seguido por su madre que, llorando, lo llevaba, lentamente, a su sepultura? (Lc.

7:12). Sin duda, habría sido claro para ti. No hubieras necesitado una explicación: El joven estaba muerto.

Ahora, yo afirmo que ésta es justo la condición del hombre en lo que respecta a su alma. Afirmo también que éste es, justamente, el estado espiritual de la gran mayoría de la gente a nuestro alrededor. Dios los llama continuamente –por medio de sus misericordias, aflicciones, por sus pastores, por su Palabra– pero no escuchan su Voz. El Señor Jesucristo se lamenta por ellos, les suplica, les envía invitaciones llenas de misericordia, llama a la puerta de sus corazones, pero no le hacen caso. Esa corona y gloria de su existencia, esa joya tan preciada que es su alma inmortal, es arrebatada, saqueada y arrastrada a la perdición –sin que les importe en lo más mínimo–. El diablo se los está llevando día tras día por el camino ancho que lleva a la destrucción y ellos se dejan llevar cautivos sin ofrecer ninguna resistencia. Y esto está sucediendo por todas partes, a nuestro alrededor, entre todas las clases sociales, a lo largo y ancho de la tierra. Al leer estas palabras, tú sabes muy bien en tu conciencia que es así. No puedes negarlo. Por lo tanto, te pregunto: ¿Qué, entonces, puede decirse con más perfección que lo que Dios dice: Que por naturaleza, todos estamos, espiritualmente, muertos?

Cuando el corazón del hombre es frío e indiferente hacia la religión, cuando sus manos nunca son empleadas para hacer la obra de Dios, cuando sus pies no conocen los caminos de Dios, cuando su lengua, rara vez o nunca, se usa en oración o alabanza, cuando sus oídos están sordos a la voz de Cristo en el Evangelio, cuando sus ojos están ciegos a la hermosura del reino de los cielos, cuando su mente está llena de cosas del mundo y no tiene espacio para las espirituales, cuando estas marcas se encuentran en un hombre, entonces, podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que la palabra que lo define es: “Muerto”.

Quizá esto no nos guste. Podemos cerrar los ojos a la realidad del mundo y al contenido de la Palabra. Sin embargo, la verdad de Dios tiene que ser proclamada, pues no hacerlo, causa un daño irreparable. La verdad tiene que ser proclamada siempre, por más condenatoria que sea. Mientras un hombre no sirve a Dios con todo su cuerpo, alma y espíritu, el hombre no está realmente vivo. Mientras da menos importancia a las cosas de primera importancia y más importancia a las cosas que no la tienen, entierra su talento como el siervo inútil, y no le trae a Dios frutos de honor, a los ojos de Dios, está muerto. No está ocupando el lugar que le corresponde en la creación, no está usando sus capacidades y facultades como Dios quiere que se usen. Las palabras del poeta son muy ciertas:

*“Sólo vive aquel que para Dios vive  
y todos los demás, muertos están”.*

Ésta es la verdadera explicación de la condición humana cuando los pecados no se sienten, los sermones no se creen, los buenos consejos no se siguen, el Evangelio es ignorado, cuando no se renuncia al mundo, la cruz no se lleva, ni se mortifica la voluntad propia, ni se abandonan las malas costumbres, cuando apenas se lee la Biblia y nunca se doblan las rodillas en oración. ¿Por qué sucede todo esto en todas partes? La respuesta es sencilla: Los hombres están muertos.

Éste es el verdadero motivo de este cúmulo de excusas que tantos exponen. Algunos no tienen preparación y otros no tienen tiempo. Algunos están agobiados con sus negocios y el cuidado del dinero, y otros por la pobreza. Algunos sufren dificultades en su familia y otros con su salud. Algunos tienen obstáculos peculiares en su vocación, que otros, según dicen, no pueden entender; y otros tienen peculiares inconvenientes en el hogar y esperan que de algún modo se solucionen. Pero Dios tiene una

descripción muy breve en la Biblia para todos ellos. Dice: Están muertos. Si germinara la semilla de la vida espiritual en ellos, sus excusas pronto desaparecerían.

Ésta es la verdadera explicación de muchas cosas que quebrantan el corazón de un pastor fiel. Muchos a su alrededor, nunca asisten al lugar de adoración. Algunos asisten tan esporádicamente que resulta claro que no le dan importancia. Muchos asisten una vez el domingo cuando bien pudieran hacerlo dos veces. Muchos nunca participan de la mesa del Señor ni de ningún medio de gracia durante la semana. Y ¿por qué es esto? Con frecuencia, con demasiada frecuencia, sólo hay una respuesta posible sobre estas personas: Están muertas.

Veamos ahora cómo debiera examinarse a sí mismo todo aquel que profesa ser cristiano y poner a prueba su propia condición. No es sólo en los cementerios que encontramos a los muertos; hay demasiados dentro de nuestras iglesias y cerca de nuestros púlpitos, demasiados en las bancas y demasiados en los asientos. La tierra es como el valle en la visión de Ezequiel: “Lleno de huesos... muchísimos sobre la faz del campo, y por cierto secos en gran manera” (Ez. 37:1-2). Hay almas muertas en todas nuestras congregaciones y almas muertas en todas nuestras calles. Es prácticamente imposible encontrar una familia en la que todos vivan para Dios, prácticamente imposible encontrar un hogar en donde no haya un muerto. ¡Pongamos nuestra atención en nuestro hogar y busquemos e investiguemos la realidad! Pongámonos a prueba nosotros mismos. ¿Estamos vivos o muertos?

Qué triste es la condición de todos los que no han pasado por un cambio espiritual, cuyo corazón está igual que el día cuando nacieron. Existe una montaña de división entre ellos y el cielo. Todavía les falta pasar “de muerte a vida” (1 Jn. 3:14). ¡Ah, sí tan solo pudieran ver y conocer el peligro que corren! ¡Una de las características

más temibles de la muerte espiritual es que, al igual que la muerte natural, no se siente! Tierna y cariñosamente, acomodamos a nuestros seres queridos en sus estrechos ataúdes, pero ellos no sienten nada de lo que hacemos. “Los muertos”, dice el sabio, “nada saben” (Ec. 9:5). Y éste es, precisamente, el caso de las almas muertas.

Veamos también la razón por la cual los pastores nos preocupamos tanto por nuestras congregaciones. Sentimos que el tiempo es corto y la vida incierta. Sabemos que la muerte espiritual es el camino ancho que lleva a la muerte eterna. Tememos que alguno de nuestros oyentes muera en sus pecados, sin estar preparado, sin renovarse, impenitente, sin cambiar. ¡No te asombres si, a menudo, hablamos enérgicamente y te suplicamos intensamente! Nuestra misión no es halagarte ni entretenerte con baratijas, ni decirte cosas suaves, ni exclamar: “Paz, paz”, cuando se trata, nada menos que de una cuestión de vida o muerte. La peste está entre nosotros. Sentimos que estamos entre los vivos y los muertos. Tenemos que ser y seremos muy francos. “Si la trompeta diere sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla?” (2 Co. 3:12; 1 Co. 14:8).

## **2. Todos necesitan que Dios les dé vida**

En segundo lugar, quiero decirte que todos los hombres necesitan ser vivificados y ser hechos, espiritualmente, vivos.

La vida es el mayor bien que se puede tener. Pasar de muerte a vida es el más importante de todos los cambios. Y ningún cambio que sea menos que éste, podrá jamás preparar el alma humana para el cielo.

No se trata de una pequeña reparación o compostura lo que buscamos, ni tampoco un poco de limpieza y purificación, ni una mano de pintura o un remiendo, ni dar

vuelta a una página y empezar de nuevo. Se trata de hacer algo totalmente nuevo, tener una nueva naturaleza en nuestro interior, un nuevo ser, un nuevo principio, una nueva mente; sólo esto y nada que sea menos que esto, podrá jamás satisfacer las necesidades del alma. No necesitamos meramente un exterior nuevo, sino un corazón nuevo.

Extraer un bloque de mármol de una cantera y esculpirlo hasta convertirlo en una majestuosa estatua, transformar un árido desierto en un jardín lleno de flores, fundir un trozo de mineral de hierro y con él, forjar resortes para un reloj –todo esto es lograr cambios tremendos–. No obstante, todos estos cambios se quedan a medio camino de los requisitos para la transformación que requiere todo hijo de Adán porque son, meramente, las mismas cosas con distinto aspecto, las mismas sustancias con una configuración diferente. En cambio, el hombre necesita que se le injerte algo que nunca antes fue, un cambio tan grande como lo es la resurrección de entre los muertos; tiene que convertirse en una nueva criatura. Las cosas viejas deben pasar y todas deben ser hechas nuevas. El hombre tiene que “nacer de nuevo”, nacer de lo Alto, nacer de Dios. El nacimiento natural es tan necesario para la vida del cuerpo, como el nacimiento espiritual lo es para la vida del alma (2 Co. 5:17; Jn. 3:3).

Sé que decir esto es duro. Sé que a los hijos del mundo no les gusta oír que tienen que nacer de nuevo. Les hace remorder la conciencia: les hace sentir que están más lejos del cielo de lo que quieren admitir. Les parece una puerta angosta por la cual, todavía no están dispuestos a rebajarse para entrar, una puerta que quisieran agrandar o atravesar de otra manera. Pero no me atrevo a hacer concesiones en este punto. No voy a fomentar un engaño de que para ser cristianos auténticos, sólo tienen que arrepentirse un poco y cultivar algún don. No me

atrevo a usar otro lenguaje que no sea el de la Biblia y digo, en palabras escritas para nosotros que “todos necesitamos nacer de nuevo, todos estamos, por naturaleza, muertos y necesitamos que Dios nos dé vida”.

Si hubiéramos visto a Manasés, Rey de Judá, primero llenando a Jerusalén de ídolos y sacrificando a sus hijos en honor a dioses falsos, pero más adelante, purificando el templo, quitando la idolatría y viviendo una vida consagrada a Dios; si hubiéramos visto a Zaqueo, el publicano de Jericó, primero, ruin, ladrón y codicioso, pero luego, siguiendo a Cristo, dando la mitad de sus bienes a los pobres; si hubiéramos visto a los siervos de la casa de Nerón, primero, siguiendo los pasos ruines y disolutos de su amo; pero luego, siendo de un mismo corazón y mente que el apóstol Pablo; si hubiéramos visto al antiguo padre Agustín<sup>1</sup>, primero, viviendo en fornicación, pero luego, caminando muy cerca de Dios; si hubiéramos visto a nuestro propio reformador Latimer<sup>2</sup>, primero, predicando apasionadamente en contra de la verdad, tal como es en Jesús, pero luego, gastando y siendo gastado hasta la muerte en la causa de Cristo –si hubiéramos visto cualquiera de estos cambios maravillosos, pregunto a cualquier cristiano sensato, qué habríamos dicho–. ¿Nos hubiéramos conformado con decir que todo no fue más que enmiendas y modificaciones? ¿Hubiéramos estado satisfechos con decir que Agustín “había reformado sus costumbres” o que Latimer había “dado vuelta a una página” en su vida? Si esto fuera todo lo que podríamos decir al respecto, las mismí-

---

<sup>1</sup> **Agustín de Hipona** – Conocido como San Agustín (Tagaste 354 - Hipona 430).

<sup>2</sup> **Hugh Latimer** (1487-1555) – Reformador inglés, miembro del Clare College de Cambridge, obispo de Worcester y capellán de la Iglesia de Inglaterra del rey Eduardo VI. Fue muerto en la hoguera por la reina católica María I, convirtiéndose en uno de los mártires de Oxford.

simas piedras clamarían al cielo. Afirmo que en todos estos casos hubo, ni más ni menos, un nuevo nacimiento, una resurrección de la naturaleza humana, una vivificación de los muertos. Estas son las palabras correctas para usar. Cualquier otro modo de decirlo es débil, pobre, pusilánime, no bíblico y no se ajusta a la verdad.

Ahora, no vacilo en decir, claramente, que todos necesitamos el mismo tipo de cambio, si hemos de ser salvos. La diferencia entre nosotros y cualquiera de los que acabo de nombrar, es mucho menor de lo que parece. Quitemos la capa exterior y encontraremos debajo, la misma naturaleza en nosotros como en ellos, una mala naturaleza que requiere un cambio completo. La superficie de la tierra varía mucho de un clima a otro, pero en su centro, creo, es igual en todas partes. Vayas donde vayas en cualquier punto del planeta, si te pusieras a perforar a una determinada profundidad, encontrarías siempre el mismo granito u otras rocas primitivas. Sucede lo mismo con el corazón de los hombres. Sus tradiciones y el color de su piel, sus costumbres y sus leyes pueden ser muy diferentes, pero el hombre interior es siempre el mismo. En el fondo, sus corazones son todos iguales –todos de piedra, todos son duros, todos son impíos, todos necesitan ser renovados completamente–. Tanto el hombre civilizado<sup>3</sup> como el pagano, están al mismo nivel en este sentido. Ambos están muertos por naturaleza y ambos necesitan ser vivificados. Ambos son hijos del mismo padre Adán que cayó en pecado, y ambos necesitan “nacer de nuevo” y ser hechos hijos de Dios.

Sea cual sea el lugar de la tierra donde vivamos, nuestros ojos necesitan ser abiertos, pues nuestra naturaleza

---

<sup>3</sup>**Nota del editor** – En el original en inglés, la palabra usada es *Englishmen* que traduce, literalmente, *inglés*, usada por el autor, dirigiéndose a personas que habitaban las naciones civilizadas de aquella época.

no nos deja ver nuestra propia pecaminosidad, ni nuestra culpa ni el peligro que nos acecha. Sea cual sea la nación a la que pertenezcamos, nuestro entendimiento necesita ser iluminado. Por naturaleza, poco o nada sabemos del plan de salvación, dado que como los constructores de la Torre de Babel, pensamos alcanzar el cielo a nuestra propia manera. Sea cual sea la iglesia a la cual pertenezcamos, nuestra voluntad tiene que ser encaminada en la dirección correcta. Por naturaleza, nunca escogemos las cosas que son para nuestra paz, nunca acudimos a Cristo. Sea cual sea nuestra posición en la vida, nuestros afectos deben tornarse a las cosas de lo alto. Por naturaleza, nos interesamos sólo en cosas inferiores, terrenales, sensuales, percederas y vanas. El orgullo debe dar lugar a la humildad, la autojusticia a la autonegación, la falta de cuidado a la seriedad, la mundanalidad a la santidad, la incredulidad a la fe. El dominio de Satanás tiene que ser eliminado de nuestro interior y ser sustituido por el Reino de Dios. El yo tiene que ser crucificado y tiene que reinar Cristo en nosotros. Hasta que no sucedan estas cosas, estamos tan muertos como las piedras. Cuando comiencen a ocurrir estas cosas y no antes, estaremos vivos.

Me atrevo a decir que esto puede parecerles una locura a algunos. Pero muchos que tienen vida, podrían ponerse de pie hoy y testificar que esto es cierto. Más de un hombre podría decirnos que lo sabe todo por experiencia y que, en efecto, se siente como un hombre nuevo. Ama las cosas que antes aborrecía y aborrece las cosas que antes amaba. Tiene nuevos hábitos, nuevos amigos, nuevas costumbres, nuevos gustos, nuevos sentimientos, nuevas opiniones, nuevos sufrimientos, nuevas alegrías, nuevas ansiedades, nuevos placeres, nuevas esperanzas y nuevos temores. En resumen, las actitudes y el rumbo de su vida han cambiado. Pregúntale a sus familiares y amigos más

allegados, y darán fe de que así es. Les guste o no, no pueden menos que confesar que ya no es el mismo.

Más de uno podría decirte que antes no se consideraba como un gran transgresor. En todo caso, creía que no era peor que los demás. Ahora, diría con el apóstol Pablo que se siente como el primero de los pecadores (1 Ti. 1:15).

Antes, no consideraba que tuviera un mal corazón. Podía tener sus defectos y se dejaba llevar por malas compañías y tentaciones, pero en el fondo, creía tener un buen corazón. Ahora, te diría que no conoce un corazón tan malo como el suyo. Lo encuentra “engañoso... más que todas las cosas, y perverso” (Jer. 17:9).

Antes, no le parecía que fuera difícil llegar al cielo. Pensaba que sólo tenía que arrepentirse, decir unas cuantas oraciones, hacer lo que pudiera y que Cristo completaría lo que faltaba. Ahora, cree que el camino es angosto y que pocos lo encuentran. Está convencido de que nunca hubiera podido encontrar paz con Dios por sus propios medios y de que sólo la sangre de Cristo puede lavar sus pecados. Su única esperanza es ser “justificado por fe sin las obras de la ley” (Ro. 3:28).

Antes, no podía ver la belleza y la excelencia en el Señor Jesucristo. No podía entender por qué algunos pastores hablaran tanto de Él. Ahora, te diría que Él es la perla de gran precio, el más importante entre diez mil, su Redentor, su Abogado, su Sacerdote, su Rey, su Médico, su Pastor, su Amigo, su Todo.

Antes, pensaba con ligereza acerca del pecado. No veía la necesidad de ser tan cuidadoso al respecto. No pensaba que las palabras, los pensamientos y acciones del hombre fueran de tanta importancia y requirieran tanta atención. Ahora, te diría que el pecado es algo abominable que aborrece, el dolor y la carga de su vida. Anhela ser

más santo. Se identifica con el deseo de Whitefield<sup>4</sup>: “Quiero ir donde no peque yo mismo y donde no vea pecar a otros nunca más”.

Antes, no disfrutaba de los medios de gracia. Descuidaba su Biblia. Sus oraciones, si es que las había, eran mero formalismo. El domingo era un día tedioso. Los sermones eran agotadores y, a menudo, lo hacían dormir. Ahora, todo ha cambiado, todas estas cosas son alimento, consuelo y el deleite de su alma.

Antes, le disgustaban los cristianos sinceros, los rechazaba por considerarlos melancólicos, sin entusiasmo, débiles. Ahora, son los más excelentes de la tierra, de los que no puede prescindir. Nunca es tan feliz como cuando está en su compañía. Ahora, siente que si todos los hombres y mujeres fueran santos, esto sería el cielo sobre la tierra.

Antes, sólo se interesaba por las cosas de este mundo, sus placeres, sus negocios, sus ocupaciones, sus recompensas. Ahora, ve este mundo como un lugar vacío que no satisface, un lugar de paso como una posada, un hospedaje, una escuela de entrenamiento para la vida venidera. Su tesoro está en el cielo. Su hogar está más allá de la tumba.

Vuelvo a preguntar: ¿Qué es todo esto, sino una vida nueva? Un cambio como el que he descrito, no es una visión ni una fantasía. Es algo real, verdadero que, muchos en este mundo, han conocido o sentido. No es un fruto de nuestra imaginación, sino una realidad verdadera que algunos tenemos al alcance de la mano en este mismo momento. Pero, dondequiera que ocurra este cambio, allí verás esto de lo cual te estoy hablando –verás que el muerto

---

<sup>4</sup> **George Whitefield** (1714-1770) – Pastor y evangelista anglicano en el Gran Despertar y uno de los fundadores del metodismo, nacido en Gloucester, Inglaterra, Reino Unido.

es vivificado, es una nueva criatura, un alma que ha vuelto a nacer—.

¡Quiera el Señor que transformaciones como estas, ocurran más a menudo! Quiera el Señor que no haya tantas multitudes de las que tenemos que decir con lágrimas en los ojos, que nada saben de este asunto. Pero, ocurra esto con frecuencia o no, una cosa es segura: Éste es el tipo de cambio que todos necesitamos. No creo que todos tengamos que tener, exactamente, la misma experiencia. Admito que el cambio en diferentes personas es diferente en cuanto a su grado, extensión e intensidad. Puede que la gracia sea débil, pero aun así, es auténtica; la vida puede ser débil y, sin embargo, real. Lo que puedo afirmar con seguridad es que todos tenemos que pasar por algo de este tipo, si hemos de ser salvos. Hasta que haya sucedido este tipo de cambio, no hay nada de vida en nosotros. Podemos ser activos religiosos que van a la iglesia, pero no somos cristianos.

Tarde o temprano, entre la cuna y la tumba, todos los que van a ser salvos, tienen que ser vivificados. Las palabras que el buen anciano Berridge hizo grabar en su lápida, son fieles y ciertas: “¡Tú, mortal que lees estas palabras! ¿Has nacido de nuevo? ¡Recuerda! ¡No hay salvación sin un nuevo nacimiento!”.

Ya ves qué distancia insalvable separa al que es cristiano sólo de nombre y apariencia del que es cristiano de hecho y de verdad. No es una diferencia basada en que uno es un poco mejor que el otro y el otro un poco peor que su prójimo. Es la diferencia entre un estado de vida y un estado de muerte. La más insignificante brizna de hierba que crece en la montaña, es de más valor que la flor artificial más perfecta que jamás se haya fabricado porque tiene aquello que ninguna ciencia humana puede transmitir —tiene vida—. La más espléndida estatua de mármol griega o romana no es nada comparada con el niño pobre

y enfermizo que se arrastra por el suelo de una choza pues, por más bella que sea la estatua, está muerta. El miembro más débil de la familia de Cristo tiene mucho más valor y es máspreciado a los ojos de Dios que el hombre más prominente de este mundo. El primero vive para Dios y vivirá para siempre; el otro, con todo su intelecto, sigue muerto en sus pecados.

¡Tú que has pasado de muerte a vida, buena razón tienes para sentirte agradecido! Recuerda cómo eras antes por naturaleza y mira cómo eres ahora por la gracia. Mira los huesos secos en las tumbas. Así eras tú. ¿Y quién te ha hecho diferente? Ve y póstrate ante el estrado de tu Dios. Bendícelo por su gracia, por la gracia que lo caracteriza y que da gratuitamente. Dile a menudo: “¿Quién soy yo, Señor, para que me hayas traído hasta aquí? ¿Por qué yo? ¿Por qué has sido misericordioso conmigo?”.

### 3. Cómo cobra vida un alma muerta

Permítanme decirles, en tercer lugar, por qué medios, el alma muerta, puede pasar a estar espiritualmente viva.

Seguramente, si no te explico esto, sería una crueldad haberte escrito lo que acabo de escribir. Sin duda, hubiera sido llevarte a un árido desierto y dejarte allí sin pan ni agua. O como ordenarte fabricar ladrillos sin darte la paja<sup>5</sup>. No, no haré tal cosa. No te dejaré hasta haberte señalado la puerta hacia la que tienes que apresurarte. Con la ayuda de Dios, te presentaré la provisión completa que hay para las almas muertas.

Hay algo que es muy claro; no podemos efectuar este poderoso cambio por nuestros propios medios. No está en

---

<sup>5</sup> **Nota del editor** – En Éxodo 5:6-8, Faraón prohíbe a los capataces egipcios dar paja a los hebreos, la cual era necesaria para la cohesión de los ladrillos y evitar las fisuras. Sin embargo, les siguió exigiendo que fabricaran la misma cantidad de ladrillos.

nosotros. No tenemos la fuerza ni el poder de hacerlo. Podemos cambiar nuestros pecados, pero no podemos cambiar nuestro corazón. Podemos adoptar nuevas costumbres, pero no una nueva naturaleza. Podemos lograr grandes reformas y modificaciones en nuestro modo de ser. Podemos dejar muchos malos hábitos y comenzar a cumplir muchos deberes positivos. Pero no podemos crear un nuevo principio dentro de nuestro ser. No podemos crear algo de la nada. El etíope no puede cambiar el color de su piel, ni el leopardo quitarse las manchas. Así tampoco, podemos nosotros dar vida a nuestra propia alma (Jer. 13:23).

Hay algo más que es igual de claro; ningún otro ser humano puede hacerlo por nosotros. Los ministros pueden predicarnos, orar con nosotros, bautizarnos, admitirnos a la mesa del Señor y darnos el pan y el vino, pero no pueden otorgarnos la vida espiritual. Exteriormente, pueden poner orden donde hay desorden y lograr que haya decencia donde prevalece la indecencia del pecado, pero no pueden penetrar nuestro interior. No pueden alcanzar nuestros corazones. Pablo pudo plantar y Apolos regar, pero sólo Dios puede dar el crecimiento (1 Co. 3:6).

¿Quién pues, puede dar vida al alma muerta? Nadie más que Dios. Sólo Él, quien de la nada creó el mundo en el día de la creación, puede hacer una nueva criatura. Sólo Él, quien formó al hombre del polvo y dio vida a su cuerpo, puede dar vida a su alma. Suyo es el oficio especial de hacerlo por medio de su Espíritu Santo y suyo también, es el poder.

El glorioso Evangelio lo prevé. El Señor Jesús es un Salvador completo. Esa cabeza viva no tiene miembros muertos. Su pueblo, no sólo ha sido justificado y perdonado, sino también, vivificado junto con Él, y es hecho partícipe de su resurrección. El pecador es unido a Él por el Espíritu Santo y, por esa unión, lo levanta de muerte a vida.

En Él, el pecador vive después de haber creído. El origen de toda su vitalidad es la unión entre Cristo y su alma, que el Espíritu comienza y mantiene. Cristo es la fuente designada de toda vida espiritual y el Espíritu Santo, el agente designado que transmite esa vida a nuestra alma.

Ven al Señor Jesucristo, si quieres tener vida, Él no te rechazará. “Cuando llegó a tocar el muerto los huesos de Eliseo, revivió, y se levantó sobre sus pies” (2 R. 13:21). En el instante que tocas al Señor Jesús con la mano de la fe, pasas de muerte a vida para Dios, así como son perdonados todos tus pecados. Ven y tu alma vivirá.

Nunca pierdo la esperanza de que alguien se convierta a Cristo, no importa lo que haya sido en el pasado. Sé cuan grande es el cambio de muerte a vida. Conozco las montañas de división que parecen interponerse entre algunos de nosotros y el cielo. Conozco la dureza, los prejuicios y la impiedad desesperante del corazón en su estado natural. Pero recuerdo que Dios el Padre, creó este hermoso y bien ordenado mundo de la nada. Recuerdo que la voz del Señor Jesús pudo alcanzar a Lázaro cuando llevaba cuatro días de muerto y que lo llamó para que se levantara de su tumba. Recuerdo las victorias maravillosas que el Espíritu de Dios ha obtenido en todas las naciones bajo el cielo. Recuerdo todo esto y siento que no tengo por qué desesperarme. Aquellos de entre nosotros que parecen ahora completamente muertos en sus pecados, pueden aún ser levantados de la muerte y andar ante Dios en novedad de vida.

El Espíritu Santo es un espíritu misericordioso y lleno de amor. No rechaza a nadie por su maldad. No excluye a nadie porque sus pecados sean negros y escarlatas.

No había en los corintios ningún mérito por el cual el Espíritu Santo descendiera y les diera vida. Pablo dice de ellos que eran fornicarios, idólatras, adúlteros, afeminados, ladrones, avaros, borrachos, maldicientes, estafadores. Así, dice, eran algunos de vosotros; sin embargo,

incluso a ellos, el Espíritu les dio vida. “Mas ya habéis sido lavados”, escribe, “ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Co. 6:9-11).

No había en los colosenses, nada meritorio como para que visitara sus corazones. Pablo nos dice que andaban en “fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría”. Aun así, el Espíritu Santo también los vivificó, despojándolos “del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Col. 3:5, 9-10).

No había nada en María Magdalena que la hiciera digna de que el Espíritu Santo le diera vida a su alma. Había sido poseída por “siete demonios” en el pasado. Aun a ella, el Espíritu la convirtió en una nueva criatura y, separándola de sus pecados, la llevó a Cristo y la cambió tanto que fue “la última en dejar la cruz y la primera en ir al sepulcro”.

Nunca, nunca rechazará el Espíritu Santo a un alma por culpa de su corrupción. Nunca lo ha hecho y nunca lo hará. Su gloria es que ha purificado la mente de los más impuros, haciendo de ellos su templo para su propia morada. Todavía puede tomar al peor de los hombres y hacerlo una vasija de su gracia.

El Espíritu Santo es un espíritu todopoderoso. Él puede transformar el corazón de piedra en un corazón de carne. Él puede romper y destruir los malos hábitos más fuertes como si fueran estopa en el fuego. Él puede hacer que lo más difícil, sea fácil, y que las objeciones más fuertes se derritan como la nieve en primavera. Él puede cortar los barrotes de bronce y abrir de par en par las puertas de los prejuicios. Él puede llenar cada valle y allanar todo lugar escabroso. Lo ha hecho muchas veces y puede volver a hacerlo.

El Espíritu Santo puede tomar a ese judío enemigo acérrimo del cristianismo, el perseguidor más fiero de los verdaderos creyentes, el promotor más fanático de las ideas farisaicas, el opositor más prejuicioso de la doctrina evangélica, y convertirlo en el predicador más ferviente de la fe que antes quería destruir. En realidad, ya lo ha hecho. Lo hizo con el apóstol Pablo.

El Espíritu Santo puede tomar a un monje católico romano, criado en medio de la superstición romana, enseñado desde su infancia a creer una doctrina falsa y a obedecer al papa, saturado hasta los ojos en el error, y hacer de ese hombre el más claro defensor de la justificación por la fe que el mundo haya visto jamás. Y ya lo ha hecho. Lo hizo con Martín Lutero<sup>6</sup>.

El Espíritu Santo puede tomar a un hojalatero inglés, sin conocimientos, patrocinio o dinero, un hombre conocido nada más que por sus blasfemias y groserías, y hacer que este hombre escribiera un libro religioso que permanece sin rival y sin paralelos entre todos los libros escritos desde la época de los apóstoles. Y ya lo ha hecho. Lo hizo con John Bunyan, autor de *El progreso del peregrino*<sup>7</sup>.

El Espíritu Santo puede tomar un marino naufragado en la mundanalidad y el pecado, un capitán libertino de un barco de esclavos, y hacer de este hombre, un exitoso predicador del Evangelio, un escritor de cartas que son

---

<sup>6</sup> **Martín Lutero** (1483-1546) – Fue un teólogo, filósofo y monje católico agustino que comenzó e impulsó la Reforma protestante en Alemania.

<sup>7</sup> *El progreso del peregrino* escrito por John Bunyan (1628-1688) – Esta alegoría cristiana se ha impreso sin interrupción y ha estado en circulación desde su primera impresión en 1678. Es el libro más vendido en todos los tiempos después de la Biblia y de mejor venta de todos los tiempos. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

una biblioteca de religión experiencial, y de himnos conocidos y cantados en muchos idiomas. Y ya lo ha hecho. Lo hizo con John Newton<sup>8</sup>.

Todo esto ha hecho el Espíritu Santo y mucho más de lo que puedo decir. Y el brazo del Espíritu Santo no se acortado. Su poder no ha decaído. Él es como el Señor Jesús, “el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (He. 13:8). Sigue haciendo maravillas y las seguirá haciendo hasta el día final.

Vuelvo a repetir que nunca pierdo la esperanza de que un alma cobre vida. La perdería si dependiera del hombre. Algunos parecen tan endurecidos que no debiera tener esperanza. Me daría por vencido si dependiera de la obra de los pastores. ¡Los mejores de nosotros somos pobres y débiles criaturas! Pero no puedo desesperarme cuando recuerdo que Dios el Espíritu, es el agente que da vida al alma porque sé y estoy convencido de que con Él, nada es imposible.

No me sorprendería oír, incluso en esta vida, que el hombre más endurecido de entre mis conocidos, se ha ablandado y que el más orgulloso, ha tomado su lugar a los pies de Jesús como un niño destetado.

No me sorprendería encontrarme con muchos a la diestra del Señor en el Día del Juicio, quienes, al morir yo, dejé caminando por el camino ancho. No voy a empezar a decirles: “¡Cómo! ¿Ustedes aquí?”. Sólo les recordaré: “¿No les decía yo cuando todavía estaba entre ustedes? Nada es imposible para Aquel que da vida a los muertos”.

¿Desea alguno de nosotros ayudar a la iglesia de Cristo? Entonces, ore pidiendo un gran derramamiento

---

<sup>8</sup> **John Newton** (1725-1807) – Antiguo marino traficante de esclavos, convertido al cristianismo, quien luchó contra la abolición de la esclavitud y sirvió al Señor como ministro del Evangelio y compositor de himnos.

del Espíritu. Sólo Él puede dar profundidad a los sermones, discernimiento al consejo, poder a la exhortación y derribar las altas murallas de los corazones pecadores. No es una mejor predicación, ni los mensajes mejor escritos lo que hoy se necesita, sino más de la presencia del Espíritu Santo.

¿Siente alguien la más mínima inclinación hacia Dios, la más mínima preocupación por su alma inmortal? Entonces, huye hacia ese manantial de aguas vivas que es el Señor Jesucristo y recibirás el Espíritu Santo (Jn. 7:39). Empieza a orar, inmediatamente, al Espíritu Santo. No pienses que no hay esperanza para ti. “Vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan” (Lc. 11:13). Su propio nombre es el Espíritu de promesa y el Espíritu de vida. No le des descanso hasta que descienda y te dé un corazón nuevo. Clama con todas tus fuerzas al Señor y dile: “Bendíceme, sí a mí, vivifícame y hazme vivir”.

#### **4. ¿Estás vivo?**

Y ahora, permíteme concluir todo lo dicho con unas palabras de aplicación.

##### ***A. En primer lugar, quiero preguntar a cada uno de mis lectores: “¿Estás vivo o muerto?”.***

Como embajador de Cristo, permítanme insistir en esta pregunta en cada conciencia. Existen sólo dos caminos para transitar –el angosto y el ancho– dos tipos de compañía en el Día del Juicio –los que estarán a la diestra del Señor y los que estarán a su izquierda– dos clases de personas en la iglesia profesante de Cristo y, a una de ellas, tú debes pertenecer. ¿Dónde te encuentras? ¿Entre los vivos o entre los muertos?

Te hablo a ti y solo a ti, no a tu vecino, sino a ti, no al africano ni a los neozelandeses, sino a ti. No te pregunto si eres un ángel o si tienes la mentalidad de David o de

Pablo, sino que te pregunto si tienes una esperanza bien fundada de ser una nueva criatura en Cristo Jesús. Te pregunto si tienes razones para creer que te has despojado del viejo hombre y te has revestido del nuevo, si eres consciente de haber pasado por una verdadera transformación espiritual de corazón, es decir, si estás muerto o vivo.

1) No me decepciones, diciendo que fuiste admitido en la Iglesia por medio del bautismo, que recibiste gracia y el espíritu en ese sacramento y que, por eso, seguramente, tienes vida. Esto no te servirá de nada. Pablo mismo dice de la viuda bautizada que vivía para los placeres: “La que se entrega a los placeres, viviendo está muerta” (1 Ti. 5:6). El Señor Jesucristo mismo, le dice al principal de la iglesia de Sardis: “Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto” (Ap. 3:1). La vida a la que te refieres no es nada, si no se puede ver. Muéstramela, si he de creer en su existencia. La gracia es luz y la luz siempre se puede ver. La gracia es sal y la sal siempre se puede saborear. Decir que el Espíritu mora en uno, pero no se demuestra por frutos visibles y por una gracia que los ojos de los hombres no pueden ver, es muy sospechoso. Créeme cuando te digo que eres un alma muerta, si no tienes más prueba de tu vida espiritual que el haber sido bautizado.

2) No me digas que es algo de lo que no se puede estar seguro y que es una presunción dar una opinión sobre ello. Esto no es más que una evasiva y una falsa humildad. La vida espiritual no es algo tan incierto y dudoso como te lo imaginas. Existen señales y evidencias por las cuales, su presencia puede ser discernida por aquellos que conocen la Biblia. “Nosotros sabemos”, dice Juan, “que hemos pasado de muerte a vida” (1 Jn. 3:14). El tiempo y el momento exacto de ese paso pueden estar, a menudo, ocultos al hombre. Pero el hecho y la realidad del mismo, rara vez será algo totalmente incierto. Fue verdadera y hermosa,

la historia de una chica escocesa que le contestó a Whitefield cuando éste le preguntó si su corazón había cambiado: Ella sabía que algo había cambiado, quizá el mundo, quizá su propio corazón, no sabía qué, pero estaba segura de que algo, en alguna parte, había cambiado, pues ahora todo era diferente de lo que una vez había sido. ¡Oh, deja de evadir la pregunta! ¿Estás vivo o muerto?

3) No me contestes que no lo sabes. Coincides en que es un asunto muy importante, esperas saberlo algún día antes de morir; tienes la intención de ocuparte del asunto tarde o temprano, pero por ahora, no lo sabes.

¡Cómo que no sabes! Sin embargo, el cielo o el infierno están involucrados en esta pregunta. Una eternidad de felicidad o de miseria penden de tu respuesta. De seguro que no tratas con tanta ligereza tus asuntos terrenales. No administras tus negocios con tanta displicencia. Haces planes para el futuro. Te proteges contra cualquier posible contingencia. Aseguras tu vida y tus posesiones. Entonces, ¿por qué no administrar de la misma manera a tu alma inmortal?

¡Cómo que no sabes! Todo a tu alrededor es incertidumbre. Eres un frágil gusano, tu cuerpo fue perfecta y maravillosamente formando, pero puedes perder la salud de mil maneras. La próxima vez que florezcan las margaritas, puede ser sobre tu tumba. Todo ante ti es oscuridad. No sabes lo que puede pasar mañana y, mucho menos, el año que viene. Entonces, ¿por qué no poner en orden sin demora lo que concierne a tu alma?

Querido lector, comienza la importante tarea de examinarte a ti mismo. No descanses hasta saber a cabalidad tu propio estado delante de Dios. Posponer este asunto es una mala señal. Surge de una conciencia intranquila. Demuestra que piensas mal de tu propia causa. Te sientes como el comerciante deshonesto que sabe que sus cuentas no soportarían una revisión. Temes la luz.

En lo espiritual, como en todo lo demás, la mejor expresión de sabiduría es asegurarte de lo correcto. No des nada por sentado. No compares tu condición con la de los demás. Juzga todo según la medida de la Palabra de Dios. Cometer un error que afecta tu alma, es un error con consecuencias eternas. “Sin duda”, dice Leighton, “los que no han nacido de nuevo, un día desearán nunca haber nacido”.

Siéntate ahora y piensa. Permanece quieto y en comunión con tu propio corazón. Retírate a tu habitación y reflexiona. Asegúrate de estar a solas con Dios. Considera la pregunta con imparcialidad, plenamente y con sinceridad. ¿Cómo te afecta? ¿Estás entre los vivos o entre los muertos?

***B. En segundo lugar, quiero hablar con todo cariño a los que están muertos.***

¿Qué les diré? ¿Qué puedo decirles? ¿Qué palabras más podrían tener algún efecto en sus corazones?

Esto les diré: Estoy afligido por sus almas. Lo lamento sinceramente. Es posible que ni lo piensen ni les importe. Es posible que les interese poco lo que estoy diciendo. Apenas miran mis palabras y luego las desprecian volviendo al mundo, pero no pueden impedir lo que siento por ustedes, no importa lo poco que sientan ustedes por sus propios destinos.

¿Me lamento cuando veo a un joven arruinando los cimientos de su salud, complaciendo sus lujurias y pasiones, plantando así la semilla de la amargura que brotará en su ancianidad? Mucho más, entonces, me lamentaré por su alma.

¿Me lamento cuando veo a los hombres despilfarrando su herencia y malgastando sus bienes en tonterías y locuras? Mucho más, entonces, me lamentaré por sus almas.

¿Me lamento cuando escucho que alguien ha caído en los vicios, consumiéndolos como lentos venenos porque le son placenteros [...], acelerando el reloj de la vida como si ya no fuera suficientemente rápida, y cavando así, palada por palada, su propia tumba? Mucho más, entonces, me lamentaré por su alma.

Me lamento al pensar en las doradas oportunidades desperdiciadas, en Cristo rechazado, en la sangre de la expiación pisoteada, en el Espíritu resistido, en la Biblia descuidada, en el cielo despreciado y en el mundo puesto en el lugar de Dios. Me lamento al pensar en la felicidad presente que están perdiendo, en la paz y el consuelo que están desechando, en las miserias que están acumulando y en el amargo despertar que les está por venir.

Tengo que lamentarme. No puedo evitarlo. A algunos les puede parecer suficiente lamentarse por la muerte del cuerpo. Por mi parte, creo que hay mucha más razón para lamentarnos por la muerte del alma. Los hijos de este mundo, a veces, nos critican por ser tan serios y tristes. La verdad es que cuando contemplo al mundo, me sorprende que aún podamos sonreír.

A todo el que está muerto en sus pecados, yo le pregunto ahora: ¿Por qué eliges la muerte? ¿Es la paga del pecado tan dulce y buena que no puedes renunciar a ella? ¿Te da este mundo tantas satisfacciones que no puedes renunciar a ellas? ¿Te produce tanto placer el servicio a Satanás que no quieres que tú y él se separen jamás? ¿Es el cielo algo tan insignificante que no vale la pena buscarlo? ¿Es tu alma tan poca cosa que no merece luchar para salvarla? ¡Oh, vuélvete, vuélvete antes de que sea demasiado tarde! Dios no quiere que perezcas. Dice el Señor: “Vivo yo... no quiero la muerte del que muere” (Ez. 18:3,32). Jesús te ama y se aflige al ver tu necesidad. Él lloró sobre la malvada Jerusalén, diciendo: “¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos,... y no quisiste!” (Mt. 23:37). Ciertamente, si

te pierdes, tu sangre será sobre tu propia cabeza. “Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo” (Ef. 5:14).

Créeme, el verdadero arrepentimiento es ese paso del que nadie se ha arrepentido jamás. Miles son los que, al final de sus días, han dicho que habían “servido a Dios demasiado poco”. Ningún hijo de Adán ha dicho jamás, al dejar este mundo, que había cuidado demasiado su alma. El camino de la vida es una senda estrecha, pero los que van en él, caminan en una sola dirección. Ningún hijo de Adán ha regresado para decir que todo fue un engaño. El camino del mundo es un camino ancho, pero millones han renunciado a él y dan testimonio de que era un camino de tristeza y decepción.

### ***C. En tercer lugar, quiero dirigirme a todo aquel que tiene vida.***

¿Estás realmente vivo para Dios? ¿Puedes decir sinceramente: “Muerto era y he revivido; habiendo yo sido ciego, ahora veo”? Si es así, entonces asegúrate de demostrarlo con tus acciones. Sé un testigo coherente. Haz que tus palabras, tus acciones, tus costumbres y tu temperamento coincidan con tu testimonio. Que tu vida no sea pobre y torpe como la de una tortuga o un perezoso; que más bien sea enérgica y entusiasta como la de un ciervo o un pájaro. Haz que tus gracias brillen para que los que te rodean vean que el Espíritu mora en tu corazón. No dejes que tu luz sea débil, vacilante e incierta, sino que arda plenamente como el fuego eterno del altar que nunca se apaga. Procura que tu cristianismo sea tan inconfundible, tu visión tan clara, tu corazón tan íntegro, tu caminar tan recto que todos los que te vean, no tengan ninguna duda de quién eres y a quién sirves. Si el Espíritu nos ha dado vida, nadie debería dudarlo. No debe ser necesario que alguien tenga que decir de ti como en el caso de un cuadro mal pintado: “Él es cristiano”. No seamos tan perezosos e

indolentes como para motivar que los demás se acerquen y, después de observarnos con atención, pregunten: “¿Está vivo o muerto?”.

¿Estás vivo? Si es así, asegúrate de que lo demuestras con tu crecimiento espiritual. Deja que el enorme cambio interior se haga más evidente. Que tu luz sea una luz que va en aumento, no como el sol de Josué, en el valle de Ajalón, que se detuvo (Jos. 10:13), ni como el sol de Ezequías que retrocedió (2 R. 20:9-11), sino que brille cada vez más y más hasta el final de tus días. Que la imagen de tu Señor, quien te ha renovado, sea cada mes, más clara y nítida. Que no sea como la imagen y la inscripción de una moneda que cuanto más se usa, se va haciendo más borrosa y difusa. Más bien, que sea más clara a medida que pasa el tiempo y que la imagen de tu Rey sobresalga con creciente claridad y nitidez.

No confío en una religión pasiva, ni creo que el destino del cristiano es ser como un animal, que crece hasta cierta edad y luego deja de crecer. Más bien, creo que el cristiano está destinado a ser como un árbol cuya fuerza y vigor aumenta más y más durante todos sus días. Recuerda las palabras del apóstol Pedro: “Añadid a nuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor” (2 P. 1:5-7). Ésta es la manera de ser un cristiano útil. Los que están a tu alrededor, creerán que eres realmente lo que dices ser cuando vean en ti una mejora constante y, tal vez, se sientan atraídos a caminar contigo. Ésta es la manera de obtener una seguridad firme. “Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada” (2 P. 1:11). Si anhelas ser útil y feliz en tu fe, sea tu lema: “¡Adelante, adelante!” hasta tu último día sobre esta tierra.

